

Nuria Calduch-Benages

Abiertos a la esperanza

Retazos bíblicos

EMAÚS 133



Sumario

Prefacio	9
La familia, una institución bíblica.....	11
Introducción	11
La antropología cultural y la Biblia	12
Dos obras significativas	13
El parentesco	16
La familia en la sociedad helenístico-romana	18
Diversos tipos de familia	21
La propiedad, la herencia y la religión	23
Las relaciones entre los miembros de la casa	29
A modo de conclusión	33
Conceptos básicos de antropología bíblica	37
Antropología	37
Antropología bíblica	38
Lenguaje antropológico	40
Conceptos básicos	41
Alma	41
Carne	43
Corazón	44
Espíritu	47
Conclusión	48
El cuerpo en el Cantar de los Cantares	51
Introducción	51
El olvido del cuerpo y el Cantar	52
La descripción del cuerpo	53
El cuerpo de ella	56

El cuerpo de ella, el cuerpo de él y el amor	60
Conclusión	60
Miriam, una mujer de esperanza	63
Introducción	63
El faraón y las comadronas (Ex 1,8-22)	63
La madre de Moisés, su hermana y la hija del faraón (Ex 2,1-10)	66
Dos hijas, dos madres	66
La madre del niño	67
La hermana del niño	68
La hija del faraón.....	70
Un final feliz	72
María, hermana de Moisés y Aarón, y María de Nazaret	73
Jesús y las mujeres	77
El movimiento inclusivo de Jesús	77
La actitud de Jesús con las mujeres	79
Jesús transforma las relaciones familiares	81
Jesús instruye a las mujeres como discípulas suyas	82
Jesús se acerca a las mujeres sin prejuicios	84
Jesús cura a las mujeres	85
El discipulado femenino de Jesús	88
Las mujeres, testigos de la muerte y sepultura de Jesús	89
Las mujeres, testigos de la resurrección de Jesús	89
Las mujeres en las parábolas de Jesús	91
Conclusión.....	92
Jesús y sus discípulas	93
Mujeres y silencio	93
Lucas 8,1-3 y su contexto	95
Un texto difícil	95
Las mujeres que seguían a Jesús en los evangelios	97

Las mujeres que seguían a Jesús en Lucas	99
Dos grupos al lado de Jesús	100
Los doce y las mujeres	100
Las mujeres curadas por Jesús	102
Las mujeres con nombre propio	103
María de Magdala.....	104
Juana	106
Susana	107
El rol de las mujeres que seguían a Jesús	108
Conclusión	111
Marta, una discípula de Jesús	113
Introducción	113
Marta y María ante Jesús (Lc 10,38-42)	114
María y Marta de nuevo ante Jesús (Jn 11,1-44) .	119
Conclusión	123

Jesús y las mujeres

El movimiento inclusivo de Jesús

Nuestro punto de partida es el movimiento iniciado por Jesús junto con sus discípulos. Se trata de un movimiento que, después de su muerte, continúa en Palestina hasta la primera guerra con los romanos el año 70 dC. ¿Cómo era este movimiento? Desde una perspectiva sociológica podemos hablar de un grupo de renovación judío, que ponía en duda las instituciones centrales del sistema sociorreligioso: la ley y el templo. Era un movimiento inclusivo (por oposición al grupo esenio de Qumran). Esto significa que todos los que estaban excluidos o marginados del sistema podían formar parte del movimiento; todos podían tener acceso a Dios. Y además, los más marginados eran los que más privilegios tenían. ¿Quiénes eran los más marginados? Los pobres, los pecadores, los pequeños. Hemos de colocar a la mujer precisamente en este contexto de marginación social y religiosa. Me permito una pequeña advertencia: no haré una presentación sobre la situación de la mujer en la sociedad judía del tiempo de Jesús, ni tampoco compararé su situación con la que vivía la mujer griega o romana. Vuelvo ahora a los tres grupos marginados citados:

Los pobres. En la sociedad judía del siglo I había muchos pobres. Pobres en sentido material: gente que cada día tenía que mendigar para comer, pero también había otro tipo de pobres: prisioneros, encadenados, enfermos, personas marcadas por el dolor, la tristeza, la falta de esperanza, personas anónimas, insignificantes, sin voz ni derechos que defender. Jesús se pone al lado de todos estos pobres, y su actitud escandaliza a los grandes de su tiempo.

Los pecadores. Ser pecador era una etiqueta de carácter espiritual que provocaba no solo la marginación religiosa de la persona, sino también su marginación social. Los pecadores se dejaban de lado, se apartaban de la sociedad, porque su culpa personal les impedía convivir con los demás. En esta categoría entraban también los enfermos, los que tenían defectos físicos, las parturientas, las mujeres con la menstruación... todas estas personas se movían, según su ley y tradición, en el ámbito del pecado (cf. Lv 12–15).

Los pequeños. Los pequeños eran la gente humilde, sencilla, sin formación, sin cultura, gente que no conocía la Torá, sin preparación religiosa, gente inmadura e ignorante (Jn 7,49). La marginación religiosa incluye una marginación de carácter social.

Jesús fue un marginado desde su nacimiento. Nace en una gruta, vive defendiendo a los marginados y muere indignamente colgado en una cruz junto con dos malhechores. Le llaman «comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11,19), «espíritu inmundo» (Mc 3,30); «impostor» (Mt 27,63); «pecador» (Lc 22,37); «uno que no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8,20). La actitud de Jesús con los marginados es

provocadora. Según su doctrina es necesario salir del propio país, de la propia región, es necesario separarse de la propia gente, de las personas más queridas para ir en busca de los publicanos y pecadores; hay que salir del propio ambiente, del propio círculo de amistades y conocidos para ir a buscar a los otros, a los que están fuera de mi radar. Por esto, la actitud de Jesús es provocadora, escandalosa, por esto la gente no lo entiende. Ahora bien, Jesús actúa así porque cumple fielmente la voluntad de Dios, de un Dios que se preocupa por todas las personas sin excepción.

La actitud de Jesús con las mujeres

¿Cuál fue la actitud de Jesús ante las mujeres? La misma actitud revolucionaria que tuvo con los pobres, pecadores y pequeños la tuvo Jesús con las mujeres. Él no desarrolló ninguna doctrina especial sobre las mujeres, no explicó nunca cómo había que tratarlas, pero su actitud fue tan nueva, tan original, tan sorprendente que provocó escándalo e incompreensión por todas partes.

En el mundo pagano abundan los juicios negativos sobre las mujeres. Así por ejemplo, Aristóteles: «El sexo femenino ha de ser considerado como una lesión natural y una deficiencia».³³ Citamos también a Flavio Josefo: «La mujer es en todo inferior al hombre. Que obedezca al marido, no por humillación, sino porque es al hombre a quien Dios ha dado el poder».³⁴ En la literatura rabínica también encontramos muestras de misoginia. Por ejemplo, Rabí Hilel, contemporáneo

33 *Generación de los animales*, 6.

34 FLAVIO JOSEFO, *Contra Apionem*, 2,24.

de Jesús, decía: «Cuantas más mujeres, más seducciones». ³⁵ Rabí Judá dice que cada día se deben hacer tres bendiciones: «Bendito sea Dios porque no me ha hecho pagano, no me ha hecho mujer y no me ha hecho ignorante». ³⁶ El mismo Rabí Judá decía en otro lugar: «El mundo no puede existir sin hombres y sin mujeres. Dichoso aquel que tiene hijos varones, infeliz quien tiene hijas hembras». ³⁷

Jesús nunca pronunció una palabra ofensiva, de desprecio o poco delicada sobre la mujer. Todo lo contrario, las mujeres (ancianas, jóvenes, ricas, pobres, enfermas, viudas...) son, muchas veces, el punto de referencia para ilustrar los diferentes aspectos del Reino de Dios.

Hemos dicho antes que la actitud de Jesús provoca escándalo e incompreensión. Bien, pues los primeros escandalizados fueron los discípulos (Jn 4,27, en el encuentro con la samaritana), aunque por miedo a la reacción del Maestro no insistieron en el tema. Jesús reacciona contra todas las injusticias que se cometen en la sociedad contra la mujer. Él no comparte los innumerables prejuicios masculinos de la época, sus costumbres y tradiciones discriminatorias ante la mujer. Con la mujer, así como con todo el resto de marginados, Jesús es muy respetuoso: quiere restituirles la situación de paridad. No podía soportar ninguna clase de discriminación, incluida la de carácter sexual. Jesús modificó de manera notable el papel de la mujer en la sociedad de su tiempo. Y no solo esto, sino que también modificó la forma, la manera de mirar a la mujer, de entenderla, de conside-

35 *Pirque Abot* 2,8.

36 *Tosefta Berakot* 7,18.

37 *Qiddushim* 82b.

rarla. La mujer judía de aquella época era considerada sobre todo en calidad de «madre». La función materna le daba dignidad y estima en la familia y fuera de ella. La mujer estaba limitada al ámbito íntimo del hogar. No tenía acceso al ámbito público, siempre reservado a los hombres. Jesús, en cambio, la incorpora a su misión y así le permite salir de aquel círculo cerrado para poder escuchar sus enseñanzas e incluso seguirlo por los caminos de Palestina en sus viajes itinerantes. Jesús nunca excluyó a las mujeres de su movimiento.

Jesús transforma las relaciones familiares

Jesús transforma las relaciones familiares y así se opone al sistema patriarcal de la época. Sobre todo me gustaría considerar la relación con su madre. Empecemos por Lc 2,41-52: el niño perdido y encontrado en el templo (evangelio que en la Iglesia católica se lee en la fiesta de la Sagrada Familia). Se trata de una familia (la Sagrada Familia de Nazaret), pero el episodio es más bien un episodio anti-familia. Jesús se escapa de sus padres sin decirles ni una palabra, sin preocuparse por ellos. Cuando Jesús reaparece es recriminado por María, su madre (no por José). A las palabras de su madre Jesús responde de manera no muy correcta; responde con una frase con la que justifica su acción: ha de hacer la voluntad del Padre. Veamos ahora Jn 2,3 (las bodas de Caná de Galilea). Aquí Jesús también responde a su madre con una frase conflictiva, muy difícil de traducir. Podríamos traducirla así: «Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado» (en griego: Mujer, ¿qué a ti y a mí?). La expresión indica una cierta ruptura o incompreensión entre los dos interlocutores. Sobre el vocativo

«mujer», es insólito que un hijo se dirija a su madre con la palabra «mujer». Ahora bien, en el cuarto evangelio «mujer», en boca de Jesús, no se ha de entender como una palabra despreciativa sino como un título que supera al apelativo «madre». En la escena del Calvario (Jn 19,25-27) Jesús le dice, de nuevo, «mujer»: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (refiriéndose a Juan, el discípulo amado). María no es una pobre viuda que ha perdido a su único hijo. Ella representa una familia espiritual que supera los vínculos de sangre. María se convierte en la Iglesia naciente, en la nueva Sión, la madre de un nuevo pueblo, madre de Jesús y madre nuestra.

En el evangelio de Marcos (3,31-35), Jesús proclama que su verdadera familia son quienes cumplen su voluntad: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, este es mi hermano y mi hermana y mi madre». Jesús ha instaurado un nuevo orden, una familia que trasciende la familia carnal. En Lc 11,27-28 una mujer se levanta de entre la multitud para elogiar a la madre de Jesús: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero Jesús responde corrigiéndola con elegancia: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen».

Jesús instruye a las mujeres como discípulas suyas

En franca oposición con la ley judía Jesús instruye a las mujeres. En el mundo judío la mujer no tenía acceso al estudio de la Ley. Así decía Rabí Eliezer: «Quien enseña la Torá a su hija le enseña el libertinaje (porque no sabrá cómo usarla)». O también: «Es mejor quemar

la Torá que enseñarla a las mujeres». También había algunas excepciones: Rabí Ben Azzai (contemporáneo de Rabí Eliezer) recomienda la Torá a su hija, y Valeria, esposa de Rabí Meïr, fue una mujer experta en la Torá.

Jesús retira al marido el privilegio de pedir el libelo de repudio: «Si uno repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio» (Mc 10,11) y, además, anuncia la obligación que tienen los dos cónyuges de mantenerse fieles en el matrimonio: «Si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio» (v. 12). Según la doctrina de Jesús, el matrimonio es indisoluble. Jesús también legitima la opción del celibato para el Reino de los cielos, sea para los hombres sea para las mujeres. Y esto representa una gran liberación para las mujeres. También ellas pueden seguir a Jesús (cf. Mt 19,10-12).

Fijémonos ahora en el episodio de Marta y María (Lc 10,38-42), que tantas veces se ha interpretado erróneamente: vocación contemplativa *versus* vocación activa. Es el peligro de las dicotomías fáciles: los hombres se dedican al trabajo intelectual y las mujeres al trabajo manual... Nuestro texto no habla de esto. Marta es la mujer alienada por sus actividades cotidianas y, en cierta manera, se siente escandalizada al ver la actitud de su hermana María. Esta abandona el trabajo cotidiano porque prefiere escuchar a Jesús. María toma una decisión personal, lo que indica un estatus de autonomía muy importante. Optar por algo o por alguien es un acto de libertad y autoafirmación. María no se siente ligada al esquema tradicional. Si tanto trabajo tiene Marta, ¿porqué no pide ayuda a su hermano Lázaro? No, eso no. Tenía que pedírsela a María, precisamente cuando ella estaba ocupada con Jesús. Jesús no acusa

a Marta por dedicarse afanosamente a su trabajo: la acusa de querer someter a su hermana a sus propias exigencias y de utilizar su presencia para recriminarla. Jesús no se deja enredar en el juego, en los esquemas de aquella sociedad patriarcal. Él ha venido al mundo para hacer llegar su palabra a todas las personas, hombres y mujeres. No hay discriminaciones a la hora de escuchar a Jesús.

Jesús se acerca a las mujeres sin prejuicios

Casi todas las mujeres del evangelio son marginadas de la sociedad (enfermas, impuras, pecadoras, extranjeras...). Jesús habla con la mujer samaritana en un lugar público sin esconderse y ante la sorpresa de los discípulos. Sentado junto al pozo de Jacob a la hora sexta, Jesús inicia el diálogo con la samaritana rompiendo todas las barreras (límites o tabúes) de la época: la barrera de la religión (los samaritanos eran judíos cismáticos), la barrera de la nacionalidad (los samaritanos eran judíos separados), la barrera de la raza (los samaritanos eran judíos impuros) y, finalmente, la barrera del sexo (la samaritana era una mujer).

Detengámonos en esta última barrera: Jesús era un rabino y, como tal, no podía hablar con una mujer en la calle si esta no iba acompañada por su marido. Según el Talmud de Babilonia, «seis cosas son vergonzosas para el sabio (rabino): salir de casa perfumado, salir solo de noche, salir con los zapatos remendados, hablar con una mujer por la calle, sentarse con un grupo de ignorantes y entrar último en la sala de estudio».

En Jn 8,1-10 Jesús protege a la mujer adúltera de sus acusadores (escribas y fariseos, los máximos representantes de la ley) situados en un lugar sagrado (en el templo). La protege de sus amenazas, de sus miradas, de su dureza, incompreensión y prepotencia. Jesús es el único que trata a la mujer como a una persona humana. Le dirige la palabra, habla con ella no para acusarla sino para liberarla de la acusación, del miedo, de la soledad. Habla con ella para perdonarla.

Hace lo mismo con la pecadora pública que entra en casa de Simón, el fariseo, para unguir los pies de Jesús con perfume (Lc 7,36-50): Jesús acepta los besos, las caricias, las lágrimas de la mujer con toda naturalidad y, además, toma la acción de la mujer como un ejemplo a imitar (Simón no acepta lo que hace la mujer, y ni tan solo hace uno de los gestos de hospitalidad que se acostumbran a hacer en los banquetes). Simón está escandalizado no tanto por la acción de la pecadora como por el comportamiento de Jesús: Jesús se ha dejado tocar tranquilamente sin oponer ninguna clase de resistencia. Y es que para Jesús los sentimientos de la mujer son más importantes que las restricciones de la Torá (dejarse tocar por una pecadora significaba quedar contaminado automáticamente, y un rabino no podía correr este riesgo). Recordemos, finalmente, el ejemplo de la viuda pobre que hace su ofrenda en el templo (Mc 12,41-44; Lc 21,1-4).

Jesús cura a las mujeres

Una de las actividades más importantes de Jesús es la de curar a los enfermos. Jesús es sensible al dolor, al sufri-

miento de las personas. Jesús siente compasión (*cum + patire*) de los cuerpos sin vida, sufrientes, destinados a la muerte. Jesús siente compasión y cura a los enfermos. Jesús es portador de vida y, mientras cura al enfermo, establece con él una relación. Esta relación vital pasa a través del cuerpo del enfermo: Jesús cura tocando, ya que el tacto era uno de los instrumentos característicos del terapeuta del mundo mediterráneo. Con las manos el terapeuta puede volver la salud a un cuerpo enfermo. El tacto simboliza un espacio compartido, un espacio simbólico de solidaridad. El terapeuta ofrece su poder de vida y el enfermo participa de este poder y comparte con él la solidaridad.

El evangelio según Marcos destaca la actividad curativa de Jesús más que el resto de los evangelios. Contiene 12 curaciones en total. De las doce, cuatro son curaciones de mujeres: la suegra de Pedro (Mc 1,29-31), la mujer con hemorragias (Mc 5,25-34), la hija de Jairo (Mc 5,21-24.35-43) y la hija de la siro-fenicia (Mc 7,24-30). ¿Quiénes son estas mujeres? No sabemos cómo se llaman: son mujeres anónimas. Tres son identificables gracias a la cita de algún miembro de su familia: la «suegra» de Pedro, la «hija» de Jairo, la «hija» de la siro-fenicia. Mientras las hijas y la suegra callan y muestran una actitud más bien pasiva, destaca el protagonismo de la mujer con hemorragias y de la cananea. Las dos provocan el milagro de Jesús. Jesús realiza un gesto de misericordia y pronuncia una palabra liberadora en los dos relatos. La siro-fenicia era una mujer de cultura helenística, pagana, porque no pertenecía al pueblo judío. En cambio, la mujer con hemorragias era una judía excluida de la vida social y religiosa a causa de su enfermedad impura (sufría pérdidas de san-

gre continuas). Era intocable, porque perdía sangre y, según la legislación del Levítico (cap. 15), todo lo que tocaba se convertía en impuro. Jesús fue más allá de los límites establecidos por la pureza ritual, es decir, por la ley antigua. Para Jesús todos los excluidos tienen el mismo derecho. Todos están invitados a entrar en el Reino de Dios: la mujer con hemorragias y la siro-fenicia también.

El evangelio de Lucas propone otro relato, en el cual la protagonista es otra mujer; la mujer encorvada (Lc 13,10-16). Jesús la cura en sábado mientras enseñaba en la sinagoga. Y la cura por propia iniciativa. La mujer había sufrido durante 18 años sin poder enderezarse (18 años prisionera de Satanás, el espíritu inmundo, y de las enfermedades). Había vivido 18 años atada y Jesús la desata de las cuerdas que la amarraban. Y además, le da el título de «hija de Abrahán» (cf. con Zaqueo en Lc 19,9-10). La mujer reacciona en positivo (glorifica a Dios) mientras que el jefe de la sinagoga y sus adversarios se escandalizan.

Podemos añadir también a María Magdalena, de la cual Jesús había hecho salir siete demonios (quizá sufría violentas obsesiones) en Lc 8,2.

Finalmente, señalemos el papel de las mujeres en las resurrecciones: la viuda de Naín en la resurrección de su hijo (Lc 7,14) y Marta y María en la resurrección de su hermano Lázaro (Jn 11).

El discipulado femenino de Jesús

El evangelio de Lucas se atreve a presentar a las mujeres como discípulas de Jesús: «Después de esto iba él caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios, acompañado por los Doce, y por algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malos y de enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían (en griego, *diakoneo*) con sus bienes (Lc 8,1-3; cf. Mc 15,41; Mt 27,55).

La comunión de vida de las mujeres con Jesús no era algo esporádico u ocasional sino bien al contrario. Ellas seguían a Jesús (Mc 15,41; Mt 27,55, cf. Lc 23,49) continuamente. El verbo seguir (en griego, *akolutho*) indica en otros textos la adhesión permanente a Cristo de parte de los apóstoles. Las mujeres que acompañaban a Jesús eran auténticas misioneras. Le servían en la mesa (este es el primer significado de *diakoneo*), se preocupaban de su comida y procuraban que no le faltase nada (significado más amplio de *diakoneo*) durante su vida misionera siempre itinerante. Pero no solo se dedicaban a este tipo de servicio, también lo ayudaban con dinero para los viajes, daban testimonio, rezaban, acogían a la gente e incluso profetizaban (Jn 11,22), hablaban con él sobre temas importantes (María, hermana de Lázaro) y realizaban gestos proféticos (la unción en Betania).

Al aceptar las ayudas de las mujeres galileas y de otras mujeres, Jesús se comportaba como los escribas de su tiempo. La enseñanza de la Torá era gratuita. Rabí Hi-

lel decía: «Quien busca sacar provecho de la Torá (lit.: la corona) se pierde».³⁸ Muchos rabinos se dedicaban a oficios manuales para poder vivir. Se explican así las palabras de Jesús en su discurso sobre la misión: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8).

Las mujeres, testigos de la muerte y sepultura de Jesús

Mientras todos los discípulos, salvo Juan, huyeron por miedo a correr la misma suerte que el Maestro, las discípulas galileas son, en el Calvario, testigos de su muerte: «Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirlo» (Mt 27,55; Mc 15,40). Testigos de su muerte, ellas son también testigos de su deposición y sepultura (dos acciones realizadas por hombres). José de Arimatea llega al Calvario y las mujeres ven todo lo que hace: ven cómo baja a Jesús de la cruz y, ayudado por Nicodemo, se lleva el cuerpo de Jesús, lo perfuma con gran cantidad de aromas, lo envuelve con un sudario nuevo, lo coloca en un sepulcro nuevo en el que aún no había sido sepultado nadie (Jn 19,38-41) y hace rodar una piedra a la entrada del sepulcro (Mc 15,46).

Las mujeres, testigos de la resurrección de Jesús

Según los sinópticos, las mujeres fueron las primeras que llegaron al sepulcro y descubrieron la tumba vacía. Según Mateo y Marcos, ellas son las únicas que van al sepulcro. Según Lucas, ellas son las primeras pero

38 *Pirque Abot* 1,13.

Pedro las sigue. Según Juan, María Magdalena es la primera que ve de lejos la piedra retirada del sepulcro, después se acerca a la tumba y descubre que está vacía (Jn 20,1.11). Pedro y Juan también acuden y entran en el sepulcro.

Veamos ahora las apariciones de Jesús a las mujeres (Jesús se aparece también a los discípulos de Emaús, a Tomás y a los apóstoles). Según el evangelio de Mateo, Jesús se aparece a María Magdalena y a la otra María y les da un mensaje: «No temáis. Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (Mt 28,10). Según Marcos, Jesús se aparece a María Magdalena, pero los discípulos, cuando escucharon su relato, no las creyeron.

Según Lucas, Jesús no se apareció a las mujeres. Estas (María Magdalena, Juana, María la de Santiago y otras) solo vieron a dos ángeles en el sepulcro y, cuando lo contaron a los discípulos, estos tampoco las creyeron, a excepción de Pedro, que corrió hacia el sepulcro y consiguió ver solo los lienzos (Jn 24,1-12). Según Juan, Jesús se aparece a María Magdalena en el jardín y le dice que vaya a comunicarlo a los discípulos: «Ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”» (Jn 20,17). María fue corriendo a anunciar a los discípulos: «He visto al Señor» (v. 18).

Podemos concluir diciendo que las discípulas han gozado, antes que cualquier otro discípulo, de una cristofanía y que, por encargo del Resucitado, han sido testigos ante los apóstoles.

Las mujeres en las parábolas de Jesús

Hay cuatro parábolas en el Nuevo Testamento en las que aparecen mujeres: la parábola de la levadura (Mt 13,33 // Lc 13,20-21), la parábola de la moneda perdida (Lc 15,8-10), la parábola del juez y la viuda (Lc 18,1-8) y la de las diez vírgenes (Mt 25,1-13).

La mayoría de los protagonistas de las parábolas de Jesús son hombres. Las mujeres y su mundo ocupan un lugar secundario en los relatos. Los personajes femeninos de las parábolas citadas reflejan la situación de la mujer en el mundo mediterráneo del siglo I, un mundo totalmente dominado por los hombres (se trata de una sociedad patriarcal). Las mujeres se encuentran siempre en situación de inferioridad (una ama de casa que amasa el pan, otra que pierde una moneda, una pobre viuda que lucha contra un juez poderoso y diez vírgenes que acompañan al esposo).

¿Por qué vale la pena estudiar a fondo estas parábolas? Porque así nos damos cuenta de que el mundo de las mujeres (privado, cerrado, pequeño, insignificante...) no era indiferente a Jesús. Jesús lo conoce y se interesa por él. Las mujeres sencillas y anónimas de la vida cotidiana ocupan un lugar en las parábolas de Jesús, el principal medio de enseñanza del Maestro.

Finalmente, ya que no nos es posible desarrollar debidamente este apartado, citamos el papel de las mujeres en Lc 1-2: María en la anunciación, su prima Isabel y la profetisa Ana son las tres protagonistas del evangelio de la infancia.

Conclusión

Concluimos nuestra reflexión sobre la revolución iniciada por Jesús con la descripción de la Iglesia primitiva que presentan los Hechos de los Apóstoles: «Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hech 1,14). «Todos» se refiere a los doce citados en el versículo anterior. Pero la asamblea de Pentecostés no se reduce a los doce. Comprende a 120 personas (hombres y mujeres). El bautismo (que se da a todas las personas) rompe con el rito de la circuncisión (rito de iniciación exclusivamente masculino) y establece una comunidad nueva, fundada en el amor universal, amor que va más allá de las diferencias de sexo.